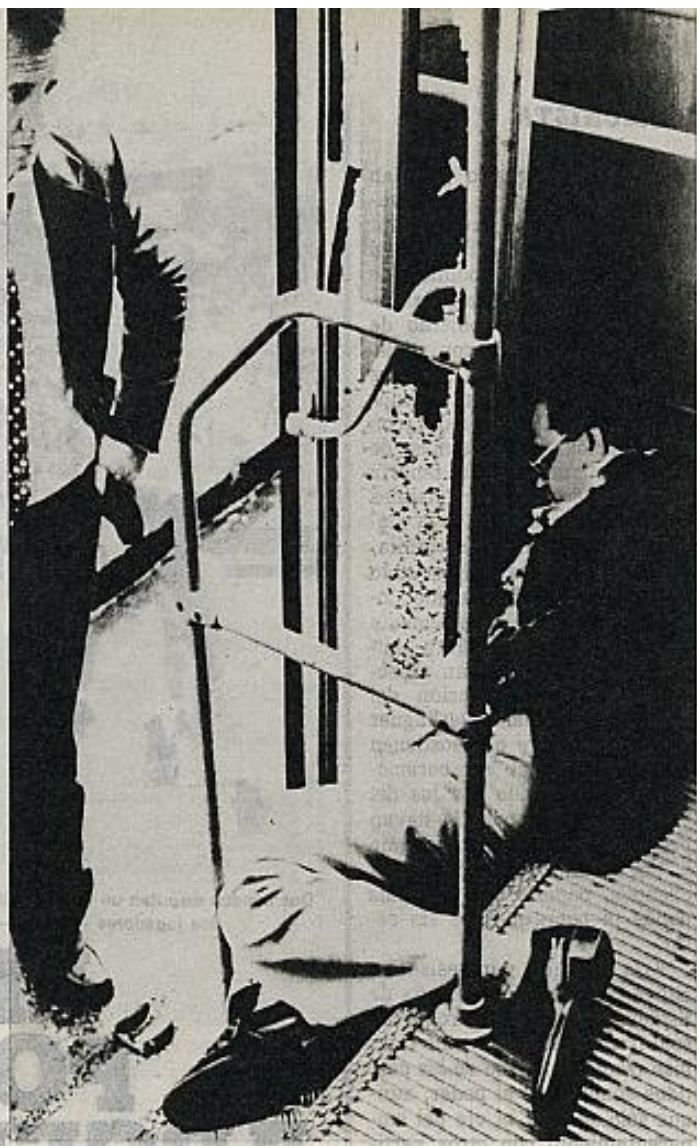


ESTE jueves comienzan en Italia las elecciones para la Presidencia de la República, vacante por la dimisión —tras escándalo público— del demócrata-cristiano Leone. No tiene plazo fijo. Los mil once compromisarios —senadores, diputados, representantes de veinte Consejos regionales— pueden repetir una y otra vez sus votaciones, durante días y días. La elección de Saragat necesitó 21 votaciones; la del dimitido Leone, 23, extendidas durante catorce días. Tanto una como otra requirieron acuerdos de pasillo entre los partidos; de otra forma, se hubieran podido prolongar hasta el infinito. La única facilidad legal para la no prolongación es la disposición que determina que sólo en las tres primeras votaciones se exigirá una mayoría de dos tercios, mientras que en las siguientes bastaría con la mayoría absoluta: es decir, que mientras en estos tres primeros turnos el elegido necesita 634 votos, en las siguientes basta con 506. Otra forma de presión es la popular. Los compromisarios van a ser objeto de la transmisión, en directo, por televisión: pueden convertirse en un espectáculo tragicómico, apto para los sarcasmos de los extraparlamentarios y de los neofascistas, blanco de los humoristas. Lo que es peor, pueden aumentar la sensación de desgobierno, precisamente cuando se trata de demostrar que funciona bien el pacto del "arco constitucional" entre los seis grandes partidos de la derecha moderada, el centro y la izquierda. Nada se opone a la teoría de que, establecido el acuerdo entre los partidos, el candidato "unitarista" salga elegido en el primer turno, más probablemente en el cuarto; los tres primeros servirían para la presentación de candidatos de cada partido —si es que se decide esta fórmula— como mero acto protocolario, y en el cuarto se decidiría por la suficiente mayoría —la que se hubiese, más o menos, determinado— la elección del designado y aceptado por todos. O por los suficientes. Porque la realidad es que si los partidos del "arco constitucional" tienen interés en demostrar su acuerdo, también cada partido lo tiene en demostrar su propia fuerza, su capacidad.

Pero la realidad es que en las vísperas del principio de la elección, nadie adelantaba el nombre de un candidato "unitario" posible. Todo lo más, definiciones genéricas. El Partido Comunista, que es una clave decisiva en esta elección presidencial —como lo ha sido en la de-



El cuerpo de Antonio Expósito, en la plataforma del autobús de Génova, donde fue asesinado.

Vísperas presidenciales en Italia

Puede iniciarse una ofensiva anticomunista

JUAN ALDEBARAN

fenestración de Leone— se ha especializado estos días en ese tipo de definiciones. Su secretario general, Berlinguer, comenzó diciendo que deseaba "una persona que reúna la voluntad común de todas las fuerzas políticas, conocido suficientemente como demócrata y como antifascista, que garantice al país el respeto absoluto a la Constitución republicana"; su órgano oficial, "Unitá", definía más concretamente que la persona elegida habría de ser así: "No queremos un Presidente para el compromiso histórico, ni para la alternativa de izquierda, ni

para el centro-izquierda o el centrismo; trabajamos para una solución en la que puedan reconocerse todas las fuerzas democráticas". Podría crearse que se estaba dibujando la silueta de Zaccagnini, continuador real del compromiso histórico y de la política de Moro, pero hasta ahora vetado por los socialistas.

En realidad, nadie ha pronunciado nombres. Por lo menos, públicamente. Dentro de la cuestión de la prueba de fuerzas y de influencias de los distintos partidos, se estaba esperando el resultado de las elec-

ciones parciales en el Norte. Elecciones regionales en el Valle de Aosta, en la Venecia Juliana, y provinciales en Gorizia; en total, un millón de electores a las urnas. Dentro de sus peculiaridades, que hasta cierto punto alteran la idea general de la opinión pública (puesto que se trata de intereses locales) pueden ofrecer una imagen general de las relaciones de fuerza. Las últimas elecciones parciales, el 14 de mayo, parecían indicar un refuerzo para la Democracia Cristiana, un retroceso del Partido Comunista, una recuperación interesante de los socialistas. Un millón de personas están implicadas en estas elecciones que se han celebrado el domingo y el lunes de esta semana: lo bastante como para que la tendencia de voto tenga algún significado. Los resultados, desde el mismo lunes por la noche y durante la jornada del martes, han sido analizados por los estados mayores de los partidos: el resultado les permitirá el mismo martes, y el miércoles, fijar sus estrategias en el consenso para el candidato unitario. La Democracia Cristiana espera poder imponer el suyo, pero también los socialistas, si es que se confirma su recuperación. Las elecciones del 14 de mayo estuvieron muy influenciadas por el secuestro y asesinato de Moro, que retraía a los votantes hacia una posición más derechista. Pero también los acontecimientos actuales pueden tener una influencia considerable. La Democracia Cristiana ha ganado puntos con las condenas de Curzio y los otros acusados por fundar y pertenecer a las Brigadas Rojas, y la tendencia hacia la derecha se puede marcar por la persistencia de los atentados terroristas, que se recrudecen en las vísperas electorales, como si estuvieran pensados para desestabilizar la unidad del "arco constitucional" y para perjudicar a la izquierda. Sin embargo, las revelaciones de la corrupción del Presidente Leone, que no puede concebirse como el acto aislado de un Presidente de la República voraz, sino dentro del contexto de su propio partido, la Democracia Cristiana, tienen que ser sentidas por los electores, que se quejan de que sus regiones están desfavorecidas porque los fondos públicos se escapan por la vía de la corrupción. Por ejemplo, en Venecia-Giulia se dice concretamente que la lentitud en la reconstrucción de los daños causados por el terremoto de 1976 se debe a la corrupción de los funcionarios de la Democracia Cristiana.

► No es exactamente importan-

te la persona del nuevo Presidente de la República: se sabe que Italia no es un país presidencialista y que los poderes del Jefe del Estado están muy limitados, aunque tenga la suficiente influencia para obtener beneficios personales, como le sucedió a Leone, y por lo tanto para disponer de cargos y prebendas. Lo importante es la lucha entre los partidos políticos, la posibilidad de que el pacto siga adelante y la de que el Partido Comunista consiga a la larga su esperanza de "compromiso histórico" o, por el contrario, la ruptura del consenso. Por ejemplo, un acuerdo que comprometiera a la Democracia Cristiana y al Partido Comunista, como sucedería con el nombre de Zaccagnini, podría incitar a los socialistas a retirarse del pacto y a situarse en la oposición, si es que creen que la situación en la opinión pública es favorable. Esta es una eventualidad temida por los otros partidos: un grupo importante en la oposición podría capitalizar un descontento que ahora se reparten todos en partes relativamente iguales. Pero podría producirse lo contrario: un acuerdo entre socialistas y democristianos, bien en favor de un nombre socialista, aludiendo a que el turno presidencial corresponde ahora a los laicos, bien en torno a un nombre un poco ajeno a la política —un filósofo, un técnico: se ha hablado incluso de Agnelli, el hombre de la Fiat, pero esto podría irritar a los sindicatos— pero muy distante de los comunistas.

Esta posibilidad tendría en parte la ventaja de dejar a los comunistas solos en la oposición, rompiendo el pacto —o siendo víctimas de una ruptura previa y calculada—; pero, en cambio, marcaría la política italiana como más incluida dentro del campo occidental y de la nueva política de ruptura de equilibrios. La Italia del centro-derecha decidiría así alinearse junto a la política occidental y especialmente de Estados Unidos, que pide el nuevo aislamiento del Partido Comunista. Significaría un desafío considerable a la masa de electores que han hecho del PCI el segundo partido del país, con una serie de riesgos considerables: pero sería una batalla contra el comunismo, concretamente contra el eurocomunismo, coincidente con la estrategia global de Estados Unidos y de la OTAN en todos los países europeos. Si esto sucediera, los largos y trabajosos esfuerzos de Berlinguer para llevar a su partido a una situación oficial y a

una salida del "ghetto" podrían verse desmoronados. Empezaría, entonces, una nueva política: que sería, en definitiva, el regreso a la vieja política de centro-izquierda (centro-izquierda) mediante un Gobierno de demócrata-cristianos con ministros socialistas y con ministros también de los otros partidos del "arco constitucional", con la excepción, una vez más, de los comunistas. Lo cual tendría otras repercusiones posibles dentro del propio PCI, a la manera que en Francia los resultados electorales han repercutido en la dirección del Partido Comunista, pero probablemente con más virulencia. Hay muchos militantes, y están representados en la dirección del PCI, que reprochan a Berlinguer su "blandura", y que sostienen el temor de que el "colaboracionismo" del partido con los del "arco constitucional" le hayan privado de su revolucionarismo y, por lo tanto, de parte de su clientela popular, en un país donde la pobreza crece sin cesar.

Esta es una hipótesis. La abona la creciente campaña de Estados Unidos en Europa, no sólo frente a la URSS, sino también frente al acceso de los partidos comunistas al poder, aunque sólo sea por la vía del emparentamiento con otros partidos. Pero la cantidad de riesgos que contiene es tal que puede sospecharse que los grupos dirigentes de Italia dudarán mucho antes de adoptarla y de aceptar las presiones en ese sentido. Hay, de momento, alguna posibilidad mayor de que se siga buscando un candidato "unitario", y de que éste confirme al actual Gobierno en su puesto; y que el Gobierno prosiga su política de pacto y consenso. Todo depende de hasta qué punto esté decidida la política occidental, de hasta qué punto las presiones de poder en Italia —militares, industriales, Iglesia, Banca— crean ya que la política de dejarse aproximar al Partido Comunista no les ofrece ninguna garantía contra las huelgas y puede llevarles a concesiones políticas irreversibles; y que hayan recibido los suficientes estímulos de Washington, en el sentido de que practicando esta política recibirían la suficiente ayuda directa o por medios de los organismos europeos para salir de la situación económica.

En este aspecto de índice y de posibilidad de cambios, las elecciones presidenciales tienen una importancia muy superior al cargo que se elige y muy superior también al ámbito geográfico en que se producen. ■



"Dos bandos disputan un balón, símbolo del poder, del triunfo y alrededor de los jugadores —peones— se mueven los "cerebros"."

LLORAR POR VOS, ARGENTINA

CRISTINA PERI ROSSI

El fútbol —como la guerra— es cosa sólo de hombres. Ninguna mujer está dispuesta, por otra parte, a disputarles el dudoso privilegio de haber inventado, difundido y utilizado ambas actividades en beneficio —siempre— de unos pocos, y en perjuicio —siempre— de unos muchos. No es la única afinidad que existe entre el fútbol y la guerra. Uno parece ser un simulacro del otro: dos bandos disputan un balón, símbolo del poder, del triunfo, y alrededor de los jugadores —peones— se mueven los "cerebros", los "generales", aquellos que disponen y estudian la táctica, distribuyen la posición en el campo, ordenan la estrategia, las maniobras, la defensa, el ataque. La terminología que se emplea para narrar un partido de fútbol tiene reminiscencias épicas, y los ejemplos son infinitos: se "invade" el campo contrario, se "defiende" el área, se "avanza peligrosamente", se "inicia el contraataque". Claro que todos preferiríamos que existiera sólo el simulacro —el fútbol— y desapareciera su referente real, la guerra, porque tenemos nuestro corazoncito dispuesto a llorar cuando la ocasión se presta. Más

campos de fútbol y menos de concentración: la mejor consigna de este mediocre y anodino Mundial del 78. Porque una, mujer y todo, tiene sus aficiones (desapasionadas, si es posible) y aunque he visto todos los partidos que la televisión ha transmitido (sin palcolor, eso sí) en realidad no he podido evitar la frustración de tantos noventa minutos chatos, sin imaginación, sin garra. Y en este momento no voy a iniciar un análisis acerca del fútbol-resultado y del fútbol-espectáculo para justificar el tedio o apoyar a los soviéticos, dispuestos a introducir grandes modificaciones en el reglamento, a ver si hay menos empates y un poco más de gracia. Ni a entonar melopeas por la ausencia de Cruyff o de Beckenbauer, por las mediocres actuaciones de Roberto o de Nelhino. Mientras los equipos de turno corren (a veces sólo caminan) y hay ocasiones —recordar el Brasil-Perú— en que se están quietos, y uno se hace la ilusión de que hasta meditan), los Menotti fuman de manera ininterrumpida y Kempes firma autógrafos, muchos autógrafos, el cadáver de Julián Delgado, periodista argentino, secuestrado por "los desconocidos de